

La pensión vitalicia

I

Sentado en el poyo, junto a la puerta carcomida de aquella «cosa», que era a la vez casa y establo—una choza negruzca de piedra y greda, con el piso desigual, hecho con guijarros de río allí, que los había de sobra—, el viejo Marábito sentía aún, como el aroma de su propia vida, el vaho pesado y cálido del estiércol, unido al tufo, áspero y acre del humo estancado, que exhalaba la puerta contigua.

Absorto en una tristeza, dura y taciturna, de hombre que nunca quiso amigos ni mujeres, contemplaba su heredad y pensaba en las muchas fatigas pasadas al sol, al viento, a la lluvia y a la escarcha, para convertirla, de tierra estéril y árida, al estado actual. Y había que ver ahora el fundo: exuberante, un paraíso; mientras que él, con tantos trabajos, tenía el cuerpo deshecho y los huesos rotos. Pero era también cuestión de años...

Encorvado, con los brazos apoyados en las

separadas piernas, tenía las manos grandes, terrosas, unidas; y así se estaba, mirando, ora al suelo, ora a su alrededor; de cuando en cuando sacudía un poco la cabeza, cubierta con el gorro negro, de punto, con su borlita colgante, con el que deseaba morir, ahora que los labradores jóvenes lo habían echado en desuso, llevados por una moda nueva de gorras que le parecía poco seria.

Las moscas, que se le adherían, obstinadas, al afeitado rostro color de algarroba y en donde las arrugas parecían formar un espeso enrejado, la tenían tomada con él y, antes de volverse a posar, le reñían irritadas, zumbando durante un rato; hubieran debido tomarla, en cambio, con sus pensamientos, no menos molestos que ellas, pues eran los que motivaban en el anciano aquel movimiento de cabeza. Mas el viejo no se ocupaba de las moscas.

Era un día de aire sofocante. Bajo el cielo entoldado, los árboles permanecían inmóviles, como si, suspensos en el dolor con que su viejo amo los miraba ahora, hubiesen debido permanecer así siempre, hasta cuando él no estuviese ya allí. Pero alguna urraca, acechando, parecía reírse burlona, mientras que, en los quemados rastrojos, en los llanos y en las Lomas de Quote, las alondras alternaban con su «chauchaó», estridente y gayo.

Aguardábanse las primeras lluvias tras las que habían de comenzar los trabajos del campo: el ariego, la bina, la siembra...

Por tres veces sacudió la cabeza Marábito, porque ya no eran para él aquellas labores. El mismo lo reconocía. Tanto, que al entrar con Marzo los meses largos, se había dicho:

—¡Esta será la última cosecha!

Y había segado su cebada y había vareado sus almendras, dejando a los nuevos propietarios el cuidado de cosechar las aceitunas y la vendimia.

Aquel día, precisamente, irían a tomar posesión de la finca. Les haría la entrega y ¡adiós!

—Cuando Dios disponga, la muerte irá a llamar a mi puerta, allí arriba...

Y pensando así, alzó los ojos hacia Girgenti, que se asentaba en lo alto, con las viejas casucas doradas al sol, como en un escenario, allá, en el fondo, sobre el collado, dominando la amplia extensión del valle y de las campiñas hasta el mar. Buscó en las afueras Rábato—el arrabal—, que parecía el brazo en donde la ciudad, tendida a lo largo, descansaba, por si acertaba a descubrir el campanario de Santa Cruz, que era su parroquia. Tenía allí cerca una casuca, en donde cerraría los ojos para siempre.

—¡Y cuanto antes!—suspiró—. Como le sucedió al pobre Ciuzzo Pace...

Antes que él, Ciuzzo Pace había cedido por una pensión vitalicia, de algunos céntimos diarios, la finquita de al lado, al tendero Sciné, llamado el Maltés. Apenas transcurridos seis meses, el infeliz había muerto y, por un puñado de céntimos,

la finquita había quedado del mercarder. Atraído por aquel primer bocado, puesto que el apetito se despierta comiendo, el Maltés volvía a abrir la boca.

—Para tragarme a mí también—pensaba Marábito—. Pero, de todos modos, ¿qué hago ya aquí?

Con dos liritas al día, según tenían convenido, hubiese vivido tranquilo, poco o mucho, según la voluntad de Dios. ¡Mejor poco que mucho! Sentía, sí, pena por sus tierrucas, por dejarlas, después de tanto tiempo; conocía los árboles uno a uno: los había criado, como a hijos; los había plantado, podándolos, injertándolos; y la viña, sarmiento por sarmiento.

Pena por el fundo y pena también por las bestias, que durante tantos años le habían ayudado: las dos hermosas mulas, que jamás habían cedido a la fatiga; la borriquilla, que valía más aún que las mulas, y «Riro», el novillo, rubio como el oro, que sacaba, sin venda ni guía, el agua del pozo, poco a poco, como él le había amaestrado. La noria, a cada vuelta del animal, daba un quejido lastimoso. El, desde lejos, contaba aquellos quejidos; sabía cuántas vueltas bastaban para llenar los viveros y se guiaba por ellos. Ahora, ¡adiós, «Riro»! Y, de aquel día en adelante, ya no oíría los quejidos de la noria.

—Siete—contó, mientras tanto, porque, aunque preocupado, el número de las vueltas, tras tan largo hábito, no lo perdía nunca.

Las mulas y la burrita estaban trabadas en la era, atracándose de paja: ¡toda la paja que querían! También a ellas les dedicó el viejo una mirada cariñosa. ¿Cómo las trataría el nuevo amo? Al trabajo se hallaban habituadas las pobres bestias; pero tampoco les faltó nunca cebada y salvado.

Pero, ¿qué tendrían aquel día las alondras? Piaban en los llanos más que nunca, como si adivinaran que el viejo iba a marcharse y lo despidieran.

Desde la carretera llegó, de improviso, rumor de cascabeles. Al viejo se le inmutó el semblante.

¡El coche!... ¡Ya está aquí!—dijo, y salió al encuentro del nuevo amo, tirándose sobre un hombro la raída chaqueta, que llevaba con las mangas colgantes.

II

Desde el pescante, Grigóli,—el muchacho que Miguel Angel Sciné tenía en la finca que pertenecía a Ciuzzo Pace,—le gritó:

—¡Tío Titto Marábito, póngase alegre, alegrel!

Alegre él, en todo caso—Grigóli—para quien, desde aquel día, la cucaña se duplicaba, al derribar la tapia que separaba el fundo de Marábito del que perteneció al pobre Pace. El Maltés, ladrón, como es de rigor,—no es cuestión de ofenderle—en su negocio de pañería, era, respecto al campo, como un turco en el sermón.

Con la mano de Dios y la ayuda de Grigóli, por un lado, y del cochero, por el otro, logró bajar del carruaje; descendió después su mujer, la señora Nela, y, por último, las dos hijas, dos muchachotas gemelas. Semejaban los cuatro un tonel, una tinaja y dos banastas. El coche pareció volver a tomar aliento: los caballos, no, pobres animales, embadurnados de espuma e impregnados en sudor.

—Servidor de V. S.—saludó apenas Marábito (*).

Destrozado en el trabajo, desde hacía tantos años, sentía ahora como una sensación de vergüenza ante aquella cesión. Por temperamento era, además, tan taciturno...

—¡Uf! ¡es cosa de reventar!—resopló Sciné, enjugándose con el pañuelo el rostro sanguíneo. —No creya que el fundo se hallase tan lejos de la ciudad.

Era la primera estocada de mercachifle, para demostrar que había ido con el propósito de despreciarlo todo, como si, a fin de cuentas, alguien le hubiese rogado que hiciera aquel negocio. No sin razón la gente del país, al ver a Sciné, complacía en recordarlo, despingajado y polvoriento, por las callejas de Girgenti, con el lio de la mercancía al hombro y la media vara en una mano,

(*) La gente del pueblo sólo en Italia, dan tratamiento a cuantos creen superiores. (N. del T.)

mientras que, con la otra, hacía bocina para gritar su extentóreo pregón: —«¡Paños de Francia!»

En poco tiempo había enriquecido con la usura y se entronizaba ahora, sentado bajo la lamparilla de la Virgen, tras el largo y bruñido mostrador de su tienda de paños, que era la más grande de toda la calle Atenea; y ¡ay, de quien lo tocara!

La señora Nela, con su cara de foca bigotuda, sus senos enormes, plantada, no se atrevía a mover los labios sin tomar antes con los ojos consejo del marido. Pero una de las hijas, echando a su alrededor una mirada hasta la próxima altura, en donde se asientan los dos Templos antiguos— el de Juno a un lado y al otro el de la Concordia, —en un relámpago de admiración exclamó espontáneamente:

—¡Qué bonito, papá!

El Maltés la fulminó con una mirada, que casi la empequeñeció un palmo de estatura. Bien sabía él lo que la finca valía y que la jugada que hiciera a Ciuzzo Pace podía, con igual facilidad, repetirse; sabía que Marábito no cumpliría ya los setenta y cinco años; pero ahora, haciéndose ver, por un lado, poco contento del fundo y satisfecho del otro, por el estado de salud del viejo, esperaba poder menguar algo de la pensión convenida. La tierra, es tierra y se halla sujeta a las vicisitudes del tiempo, y el dinero, es dinero y no es cosa de bromear con él.

Mas no lo consiguió. Visitando, paso a paso, la posesión, no tuvo donde meter baza; ¡y aquel animalote de Grigóli que parecía hacerlo de intento!

—¡Aquí, aquí, mire esto...!

Y con las manos levantaba los pampanos de una vid, para mostrar unos racimos mayores que un pecho de la señora Nela.

—¡Aquí, aquí, mire usted aquí...!

Y enseñaba en el huertecillo que él llamaba *jardín* unos limoneros y unos naranjos, cuya apariencia, según su frase, recreaba el alma.

—¡Este jardín, Excelencia, está así de *bermejo* todo el año!

Miguel Angel Sciné miraba e inclinaba, brusco, la cabeza; no pudiendo hacer más (puede que en gracia a aquel «excelencia», que Grigóli no le escatimaba), fingía resoplar de calor.

—¡Revienta uno! ¡Revienta!

Marábito no hablaba: le violentaba que charlase tanto Grigóli, dándose cuenta de que Sciné, por momentos, iba tragando más bilis. Varias veces, en efecto, como si no hubiese oído las continuas llamaradas de Grigóli, había pasado indiferente, o se había detenido, con los ojos entornados y el índice de una mano en la punta de la nariz, como si se hallase absorto en alguna complicada operación.

Grigóli, no obstante, sin descomponerse, había dirigido entonces a la señora Nela o a las dos muchachotas:

—¡Aquí, aquí, miren ustedes...!

Hasta que, al fin, Marábito, estimó prudente llamarle al orden:

—¡Vamos, calla ya, Grigóli! ¿Es que los amos no tienen ojos en la cara para ver?

Fué peor. Grigóli, impertérrito, prosiguió:

—¡Tiene usted razón! Su boca de usted no habla nunca, ¡pero la finca habla por usted! No es por alabarle ya que está presente, pero la verdad, es la verdad: otro hombre para el trabajo, como Titto Marábito, ni lo ha habido, ni lo habrá. Un verdadero maestro en cosas del campo; en cuanto a talar, a injertar, a podar, puede que haya otro igual, ¡pero mejor! en toda la comarca de Girgenti no lo hay. Aquí, aquí, estos almendros injertados por él: no hay árboles que produzcan más; cada uno tres o cuatro fanegas por año y Vuecencia puede contar con ellas a ojos cerrados. ¿Y estos olivos? ¿Y estos algarrobos? Cuatro hombres no pueden abrazarlos... ¿Y este albaricoquero? Si Vuecencia prueba este fruto no se lo puede ya quitar de la boca, ¡una verdadera rareza! Pues éste, señorita; ¡da unas peras así! No hay tierra como esta; ¡no le falta nada! Y, en conciencia, Marábito se la merece, porque ha sabido labrarla como Dios manda. ¡Lástima que esté ya tan viejecillo!...

Don Miguel Angel no podía más. Prorrumpió:

—¿Cómo viejo, animalote, cómo viejo? ¿No estás viendo que anda mejor que yo?

—¿Y eso qué quiere decir?—respondió con una sonrisa de idiota, Grigóli. V. E. es mi amo y no es cosa de contradecirle; pero tan grueso, tan en salud como está V. E., no es tan fácil estar en el campo....

—¡Por él lo digo, por él lo digo!—repuso agrio, Don Miguel Angel, el animalote, que realmente parecía imposible que pudiera arrastrarse así, sobre dos patas solamente—¡Hablas más que un juez pobre! ¿No estás viendo que anda como un muchacho de veinte años? El fundo es bueno, no digo que no, pero...

Y siguió la frase con un gesto expresivo, moviendo el dedo índice y el medio de una mano, como diciendo: dos liras diarias, ¡no es una broma, no!

—Amo—intervino en este momento, Marábito, deteniéndose:—deseo morir y no tardaré mucho en morirme, porque la pena de dejar el fundo es para mí muy grande: toda mi sangre y mi vida están aquí. V. E. lo vé. No me agrada hablar, más he de decir lo que es justo. No crea que hago este negocio por poca voluntad de trabajar; he trabajado desde chico, desde que tenía siete años, y vida y trabajo han sido para mí, una sola cosa. He de decirle que no lo hago por mí, sino por mi tierra, que conmigo ya sufriría, porque no tengo fuerzas para trabajarla como mi corazón quisiera y el oficio exige. En poder de V. E. y de Grigolito, que conocé el oficio mejor que yo, estoy bien

cierto de que a la tierra no le faltará nada, y por eso lo hago. Mas si V. E. no está ya satisfecho, dígalo claramente y no se hable más de ello.

La señora y las chicas no esperaban esta salida del labriego y le miraron como atontadas. Pero Don Miguel Angel, como zorro viejo, exclamó, sonriendo, volviéndose a Grigóli:

—¡Y me decías que no hablaba!... ¡Caramba!

Luego, volviéndose hacia Marábito:

—¡Qué he de decirle, entonces! ¿Qué es usted viejo, viejísimo y que está para morirse?

—Vucencia vé muy bien cómo estoy—respondió el viejo, abriendo los brazos: —No sé los años que tengo. Sólo sé que me siento cansado. Y Vucencia puede estar cierto de que conmigo no gastará mucho dinero... Tomaré el camino de Ciuzzo Pace, que para mí es ya el mejor, y ustedes, señores, disfrutarán del fundo y espero en Dios que no lo harán padecer...

III

No esperaba el pobre viejo que la separación llegara a hacérsele tan penosa. Mas, no era tanto la separación—como él, sentado ante la puerta de su casita del Rábato, explicaba a las buenas vecinas—sino las noticias que le llegaban del fundo, las que le ponían a morir.

—Han derribado los albaricoqueros que se hallaban delante de la «cosa»...

Cerraba los ojos y los veía allí, los tres en el ribazo. ¡Eran tan bonitos! ¿Por qué derribarlos?

—Tan seguro como hay Dios, que esta es obra de Grigóli que, para cortar leña, hace creer al amo que están secos.

Pero se engaña. Él mismo lo reconoció cuando, dos días después, fueron a decirle:

—Han derribado la «cosa» aquella...

¡Ah, era eso! En el sitio de la vieja casuca, el Maltés pensaba elevar un lindo y señoril palacete, y los tres arbolitos le estorbaban.

—¡Disfrute usted en paz de su renta!—exhortábanle las vecinas—. Tres arbolitos y está usted llorando como si le hubiesen cortado los brazos...

—¿Y las bestias?—proseguía Marábito—. Me han dicho que la burrita, mi pobre animalito, está tan mal, que no puede ya tenerse en pie. ¿Y «Riro»? A «Riro» no hay quién lo conozca...

—¿Quién es Riro?

—¡El novillo!

—¡Crefamos que fuese un hijo suyo!

Por un lado, las vecinas sentían lástima de él; y por otro, no podían contener la risa.

—¡Pero si ahora el amo es el otro! ¡Déjelo usted hacer lo que mejor le plazca!

Esto era precisamente lo que no podía tolerar Marábito. Que el Maltés fuese el amo, bueno; pero que le destruyese todo el fruto de tantos años de trabajo, que le maltratase a las bestias, no; eso el Señor no debía consentirlo.

Y se dirigía al final del sendero llamado del «Paseo», a la salida ya del pueblo, desde donde podía distinguir su tierra lejana, allá, abajo, en el valle, entre los dos Templos antiguos. Miraba, miraba, como si con los ojos pudiera impedir desde allí arriba el exterminio que sembraba el Maltés. El corazón, no obstante, no le sostenía mucho, y se volvía despacio, despacito, a su casa.

Al pasar por la calle Atenea, ante la tienda de Sciné, se revolvió todo él. Don Miguel Angel, desde la puerta, al verlo, le clavaba los ojos encima como si se lo quisiera sorber vivo con la mirada, como la víbora a una rana.

—¿Cómo vá? ¿Cómo vá?—le preguntaba, sonriendo.

—Como Dios quiere—le respondía, duro, Marábito sin detenerse—. Aquí estamos... Y se decía para sí: ¡Quiero vivir a despecho tuyo! ¿Me reprochas el pan que me como y los cuatro días que me quedan? ¡Pues adrede quiero vivir más! Y le daban deseos de volverse y hacerle con la mano los cuernos, desde la calle, en presencia de todos.

Pero a poco, al verse solo en su casuca, se desfallecía:

—No, nada, nada: ¿que estoy haciendo yo? Es mejor morir, como ha muerto «Riro».

—¡Cállese, viejo chocho! ¡Qué dice!—le reprochaban entonces las vecinas para animarle—. ¿Llama usted a la muerte? Mejor es que dé usted gracias a Dios, por haberle dado tan buena vejez.

Pero el viejo sacudía la cabeza, levantaba una mano, con gesto de despecho: ¡qué buena vejez!... Y comenzaba a llorar, como un niño, y acusaba al Maltés ante las vecinas:

—¡Me pregunta cómo estoy, para que reviente!

—¡Y usted viva, en cambio, cien años, para que se fastidie!—chillaban a coro las otras, abriendo el fuego contra Sciné—. ¡Tripón odioso! ¡Sanguijuela de los pobres! Chúpele usted la sangre, como él se la ha sorbido a tantos infelices. ¡Cien años, cien años debe usted vivir! El Señor y María Santísima de las Gracias le conservarán a usted la vida para que él reviente de rabia. ¡Los huesos se ha de roer así, así!

Y se restregaban enérgicamente un codo en la palma de la otra mano.

—¡Así, así!

Al mismo tiempo los demás vecinos sostenían, aproximadamente, la misma conversación con Sciné, aunque con gestos y frases menos expresivas y bromeando.

—Ese viejo le vive a usted cien años, querido Maltés.

Y Sciné encogía las mejillas y la boca en un gesto de irritada incredulidad.

Había hecho tasar el fundo. Dos fanegas y media de tierra, tan cuidada como aquélla, por menos de doce mil liras no hubiese podido adquirirla; Marábito tenía setenta y cinco años cumplidos; no parecía estar muy bien: ¿cuánto podría vivir

aún? Uno, dos, tres años—pongamos cinco, hasta los ochenta—; bueno: de tres a cuatro mil liras; hasta doce mil, hay espacio...

—Déjenlo ustedes vivir, pobrecillo; me da verdadero gusto.

Así, se roían los otros; más aún, para representar mejor su papel, una mañana, viendo pasar al viejo ante su tienda, llegó a hacerle señas para que se aproximase:

—¡Pero venga usted aquí, santo Dios! ¿Por qué me huye usted? ¿Qué le he hecho?

Marábito dudó antes de soltar el trapo:

—A mí, nada: ¿qué me iba a hacer? ¡Pero el fundo se lo había recomendado tanto a «vucencia»! ¿Y las pobres bestias? ¡«Riro», «Riro» ha muerto!...

—¡Ese canalla de Grigóli! ¡No me hable!—exclamó el Maltés—. Por culpa suya... ¡Pero también tiene usted algo de culpa!

—¿Yo?

—Sí, señor. Porque si usted, con ese mal carácter que tiene, en lugar de esquivarme, como si yo le hubiese hecho una mala acción—mientras Dios sabe el sacrificio que hago para darle esas dos liras diarias—, si en lugar de esquivarme, decía, me hubiese usted ayudado con sus buenos consejos, ni usted ni yo estaríamos ahora tan descontentos, ¡y puede que ni el propio «Riro» hubiese muerto!

El mismo—el Maltés—quedóse maravillado de

sus palabras. Y, en efecto, ahora que lo pensaba, nadie mejor que Marábito hubiese podido ayudarle a defenderse de aquel tramposo de Grigóli. Pero el viejo se sintió herido.

—¿Vucencia quiere decir entonces, que «Riro» ha muerto por mi causa?

—¡Por usted, ciertamente! Yo hubiese seguido sus consejos, sin dejarme llevar de la nariz por ese otro, que se aprovecha de mi inexperiencia, y se las da de amo absoluto y hace lo que le da la gana. Hubiese seguido siendo usted el amo, desde lejos, y todo hubiese ido mejor. Yo le quiero a usted bien y deseo que se cuide. Venga, venga usted a verme con frecuencia... ¡Nos entenderemos!

Profirió fuerte estas palabras, con objeto de que las oyese don Luzzo, el platero de enfrente: la peor lengua de toda aquella calle.

—¡Cómo quiere usted a ese viejo!—insinuó, en efecto, en cuanto Marábito se hubo alejado un tanto. Pero si trata usted de persuadirlo, por las buenas para que se muera pronto, pierde usted el tiempo; ¡cien años, cien años le dura a usted ese viejo, ya lo he dicho!

Don Miguel Angel repitió su gesto habitual y le enseñó los cinco dedos de la mano.

—¡Sólo éstos, verá usted!

IV

Cada quince días, Marábito, según las bases del contrato, se dirigía a casa del notario Nocio Zágara para percibir las rentas de su pensión vitalicia.

Don Nocio no tenía menos carne encima que el Maltés, pero era mucho más alto; un gigante panzudo, que parecía llenar él solo toda la habitación del piso bajo en que tenía la oficina. Buenísima pasta de hombre, no obstante, siempre en tren de broma.

—¿Qué dice aquella otra panza?—preguntaba siempre a Marábito, aludiendo a Sciné—. No debe estar muy contento con usted. ¡Mejor se portó Ciuzzo Pacel!

Marábito, cerraba los ojos y se encogía de hombros.

—Señal de que le habrá gustado mi finca.

—Sí, pero usted debe darse prisa—concluía el notario, dándole con una mano en el hombro, como para exhortarlo a morirse pronto—. Sé que es usted un buen hombre...

Nocio Zágara sabía que desde algún tiempo los asuntos del Maltés no prosperaban como en un principio. Y como se complacía en hablar por imágenes, repetía a cuenta de Sciné, este apólogo:

—«Una noche de fiesta, un globito vió en el cielo la luna, linda y llena, y le dieron ganas de ser una luna llena también. Suplicó al viento que arrancase de manos del muchacho el hilo con que le tenía sujeto. Y el viento pareció complacerlo en un principio; pero luego lo subió arriba, arriba, arriba. ¡Demasiado arriba! Y el globito: ¡past! ¡estalló!»

¡Aquella última locura de la pensión vitalicia a Marábito! Porque la jugada le había salido bien la primera vez... Es que la muerte suele ser a veces bromista si le da la gana y grita: «¡Ah! ¿me tuestas de nuevo? Bueno. Iré a ver al viejo cuando me parezca. Y tú, entre tanto, ¡paga, paga!»

—¿Es que dos liras diarias son arena?

Demasiado era realmente para Morábito, que no tenía que pagar alquiler y que comía un pedazo de pan con cualquier cosilla. Además, sin vicios.

Con unos cuantos céntimos le bastaba. Guardaba el resto para no encontrarse desprovisto en un caso: pero no todo; daba siempre algo a esta o a aquella buena vecina, a cambio de los cuidados que ellas le prodigaban, aunque él jamás pedía nada.

Sentábase ante la puerta de su casuca para zurcirse él mismo la chaqueta y los pantalones; pero le temblaban las manos y no acertaba a introducir el hilo por el ojo de la aguja.

—Viejo de Dios, ¿por qué no habla usted? Deme aquí, deme aquí...

Y así lo cuidaban a porfía, como empeñadas, en realidad, en hacerlo vivir cien años.

Pero aquel canalla del Maltés parecía tener pactos con el demonio. —«Otros cinco años más» —había dicho. Y así pareció que debería ocurrir realmente. A los pocos meses de haber cumplido los ochenta años, enfermó Marábito.

Todas las vecinas, animadas del más fiero despecho, como ante una superchería que no debiesen tolerar, uniéronse en aquella ocasión para defenderlo de la muerte, con una abnegación casi heroica. Más que contra la pulmonía, luchaban ellas contra el hechizo. Y antes que nada, un ejército de escobas, vueltas hacia arriba, apoyadas a la pared de la casuca, fué puesto de guardia a la entrada; y, a toda prisa, fueron colgando, alrededor del lecho del enfermo, toda suerte de conjuros: cuernos de macho cabrío, herraduras, saquitos de color escarlata, llenos de sal...

El médico, al ver aquella cama adornada de tal manera, no pudo menos de reír.

—¡Quiten ustedes todas esas porquerías!

Mas las vecinas resistieron. Cuando se marchó el médico, se confabularon entre ellas y decidieron:

—¡Aquí lo que se necesita es otra ciencia!
¡Aquí hace falta que venga la Malanoche!

Y la Malanoche, fué.

Era una bruja de terrible aspecto: alta, huesuda, negra como la pez, de crueles ojos, hundidos

bajo las cejas hirsutas, con los cabellos rudos y encrespados, enmarañados sobre la frente estrecha, de mona; la boca, enorme, de la que surgía un vozarrón ronco de hombre.

No quiso oír nada de las vecinas; lo sabía todo.

—Me lo han dicho—afirmó—misteriosamente, sin explicar «quién» se lo había dicho: seguramente serían «las mujeres» (*) con quien ella hablaba durante la noche.

Se hizo llevar un tazón lleno de agua, y una ampollita de aceite; ordenó que se cerrasen todas las maderas de los balcones y que ayudaran a incorporarse al enfermo en el lecho: después encendió un cirio, colocó la taza sobre la cabeza del viejo y fué dejando caer, poquito a poco una gotita de aceite, en medio del agua. Las vecinas la observaban asombradas, conteniendo la respiración. Con los ojos fijos en la gotita de aceite, la Malanoche comenzó a murmurar incomprensibles conjuros, y el aceite comenzó, poco a poco, a extenderse, a dilatarse.

—¿Véis? ¿Véis?

En el plato, a la luz incierta del cirio, temblaba un disco brillante, como una luna.

Las vecinas habíanse puesto de puntillas, palideciendo; alguna de ellas golpeábase el pecho con el puño, por el asombro. La Malanoche arrojó el agua del plato en una palangana, diciendo:

(*) Quieren decir «las Brujas». (N. del T.)

—¡Todo eso es mal de ojo, acumulado!

Vertió otra gota de agua en la taza, sobre la cabeza del viejo, y dejó caer otra gota de aceite, que esta vez se dilató algo menos a los conjuros. Repitió más veces esta obra de magia, hasta que la gota siguió tal como era, flotando en el centro del recipiente.

—¡Libre!—anunció, entonces, la Malanoche.—
¡Y, ahora, me ocuparé yo de aquel perro!

Nadie pudo quitar de la cabeza a las comadres que el viejo había sanado por artes de la Malanoche:

—¡Un verdadero milagro! ¡oh!...

Y, cuando poco después, se extendió la noticia de que al Maltés le había sobrevenido un mal en el que, ni los médicos, veían claro:

—¡Justa venganza de la bruja!—pensaron; y hubiesen puesto las manos en el fuego.

Marábito se había levantado hacía unos días, cuando tuvo conocimiento de la enfermedad del Maltés. ¿Cómo hubiesen podido imaginar las vecinas que aquella noticia iba a producirle tanta impresión? Comenzó a llorar.

—¿Está usted loco? ¿Y a usted qué le importa si se muere? Ha tratado de matarle a usted y ha caído él en cambio. Ahora, si la mujer y las hijas, no quieren darle a usted lo que le pertenece, tendrán que restituirle la finca. ¡No tenga usted cuidado!

—¡Pero si yo no lloro por mí!—protestó el viejo.—De mí, Dios proveerá. Me afigo por él, que,

en fin de cuentas, es padre de familia y mucho más joven que yo...

Y el día en que supo que el Maltés, no obstante el grave estado en que se hallaba, se había obstinado en que lo bajaran, en una silla, a la tienda, estimó como un deber suyo ir a visitarlo. ¿No eran amigos, ya?

No esperaba el pobre viejo que le acogieran como a un perro. El Maltés se hallaba sentado junto al mostrador: tenía el rostro, color de azafrán, los ojos hundidos, extraviados, que espantaban, y el vientre enormemente hinchado.

—Beso las manos a «vuecencia»—saludó, quitándose el gorro, Marábito.—He sabido que...

El Maltés lo interrumpió dando un terrible puñetazo en el mostrador y chilló, tratando de ponerse en pie:

—¿Usted? ¿Tiene usted valor de venir a insultarme a mi casa? ¡Fuera! ¡Váyase! ¿Quién le ha mandado a usted para ofenderme?

—«Vuecencia» me perdone—trató de decir el viejo. Pero Sciné lo interrumpió nuevamente, gritando:

—¡Usted! ¡Usted debe entregar el alma antes que yo!

—«Excelencia», sí; «excelencia», sí; ¡yo! Le juro que sería mi gusto...

—¡Váyase!—prosiguió Sciné, sin darle tiempo de disculparse, abrumándolo—¡Fuera! ¡Echarlo fuera!

Los dependientes de la tienda lo aferraron y lo arrojaron a la calle, mientras el pobre viejo se afanaba por responder:

—¿Pero qué culpa tendré yo de que la muerte no me haya querido? ¡A la fuerza no puede ser! Por mí no ha quedado...

V

Entre manojos de mimbres, de espartos, de juncos largos como serpientillas, Marábito pasaba ahora el día entrelazando capachos, serones, canastos y cestos, por consejo de las buenas vecinas.

—La holganza le perjudica. No está usted acostumbrado. Este es un trabajo sencillo y le servirá a usted de pasatiempo.

Y él, más ligero que un muchacho. ¡Había que verlo! Con el trabajo le había vuelto la alegría.

—Cuando tenga bastantes hechos, por las mañanas iré por ahí a venderlos. «¡Cestos, serones, capachos!» Quiero hacerle una dote a Anuca.

Anuca era una niña, huérfana de padre y madre, que una de las vecinas, la tía Mia, había recogido en su casa y trataba como a una hija. Todos la querían mucho allí, en la plazuela de Santa Cruz; y por ello la promesa del viejo, de formarle la dote, fué acogida con gran entusiasmo. Todas las mañanas las vecinas ayudaban a Marábito a cargar con sus cestas. Una vez preparado,

hacíase la señal de la cruz y ensayaba el pregón:

—«¡Cestas, serones, capachos!»

Luego volvía a preguntar:

—¿Está bien así?

—¡Muy bien!—le respondían ellas riendo—. ¡Y que Dios le acompañe, tío Titto! ¡Ah! Y no olvide usted pasar por delante de la tienda de aquel caballero; y grite usted bien fuerte entonces: así se le pondrá la cara más verde aún de la bilis.

No, no, aquéllo, no. Marábito no quería hacer aquéllo, aunque el Maltés le había tratado de tan mala manera la última vez. Por la calle Atenea tenía a la fuerza que pasar, pero cuanto más lejos le fuera posible de la tienda y, callado, para que no lo oyesen ni desde lejos. No le parecía bien molestarle, pues que sabía que iba agravándose de día en día, obstinado en permanecer en la tienda, en morir allí. Lo sentía sinceramente, pero sentía más aún que, desconociendo sus sentimientos, el Maltés no lo llamase ya, como antes, para hablarle de su finca.

Desde que había estado enfermo, casi no había tenido noticias. Para ello necesitaba aguardar que subiera Grigóli de cuando en cuando a la ciudad. Y aquellos eran para él días de fiesta. Preguntaba por tal almendro, por tal olivo y por la viña y por el huertecillo, y no le importaba ya que la tierra no fuese suya, con tal que cumpliera con su deber y dejando contento a su nuevo amo, se hiciera querer de él.